

Evolución de los roles de género en la comunidad gitana

Teresa San Román

Universidad Internacional Menéndez Pelayo UIMP, Valencia Nov.2001.
CURSO MUJER GITANA

Lo primero que quiero hacer notar es lo inadecuado que sería hablar de una evolución general de los roles de género en el caso del pueblo gitano en España. La diversidad, en este aspecto en concreto, entre distintos sectores, segmentos, lugares e incluso familias, es enorme y quizá sea en uno de los campos en los que las diferencias internas a distintos gitanos sean más notables y más patentes. Por lo tanto la tarea no consiste, fundamentalmente, en trazar un panorama evolutivo lineal sino, más bien, en señalar las características de esos procesos evolutivos, diferentes para distintos gitanos, hasta donde sea posible por el conocimiento existente y por el corto espacio del que ahora disponemos.

El conocimiento no es ninguna maravilla en este terreno. Los trabajos más cuidados y fiables, aquellos que se basan en un trabajo personal, directo y dilatado, técnicamente bien diseñado, para la construcción de un conocimiento que, además, se ha ido paulatinamente poniendo a prueba, ya nacieran sus afirmaciones de la intuición pura o de la que se suscita por los cruces entre números, estos estudios son muy pocos, aunque estamos viendo y veremos estos días, que algunos hay. Esto nos obliga, a mí al menos, a hablar con muchísima cautela. Y la cautela es aún más prudente cuando sabes que *éste es un tema irritante en muchos contextos gitanos*, en los que se piensa que las cosas que separan a hombres y mujeres en sus posiciones relativas, en los roles laborales, en la capacidad de decisión, en el valor y la influencia que se otorga a sus palabras, en su presencia pública y en tantas otras cosas, ya estaba bien como estaba. A estos sectores, no solamente masculinos, no nos engañemos, no me parece que este tema les encante como tema de revisión, de reflexión. Esta puede ser una razón más (lo es) para que ese conocimiento se oculte, no se prodigue. En general, hay una cuestión que es difícil para quienes trabajamos con los gitanos (seamos payos o gitanos) : lo que no hiere la sensibilidad de algunos gitanos, unas veces, de algunos otros, otras, sienta mal a la Administración. Pues bien, en este tema el problema no parece que afecte demasiado a la Administración, pero en cambio es problemático tratarlo con algunos, si no muchos, gitanos. Y gitanas. Por lo tanto comienzo por decir con claridad y con honestidad dos cosas: una, que, en la medida en que el conocimiento no es amplio ni público es prudente tratarlo con cautela. Otra, que en la medida en que no deseo de ninguna forma herir la sensibilidad de nadie, *propongo mis palabras como temas de reflexión cuya construcción final y cuya transformación compete al pueblo gitano*. Eso sí, no oculto mi opinión de que compete a **todo** el pueblo gitano, no solo a la mitad masculina del mismo, y de que algunos cambios actuales me alegran.

Para entender las diferencias indudables y palpables que existen entre distintos gitanos, yo propondría que consideráramos prioritariamente las variables de estatus social, por una parte, y los roles y características culturales de las mujeres, en contraposición con los de los varones, por otra. El cruce de ambas cosas nos permitiría alcanzar a ver

panoramas densos de diferenciación que pienso que no se vislumbran con la misma claridad desde otras perspectivas. A partir de esas diferencias podríamos intentar trazar algunas conclusiones y proponer alguna reflexión.

Empecemos por el estatus social. Lo voy a entender a partir de dos aspectos: el nivel económico y el de integración social¹. La formación escolar y post escolar es en buena medida un resultado del nivel económico e integrativo más veces que su causa, pero no cabe duda que en igualdad de condiciones no necesariamente el valor que se da a la educación reglada es el mismo. Dos familias pueden vivir en el mismo barrio, acudir al mismo centro sanitario, votar al mismo partido, pertenecer a la misma asociación gitana, ganarán algo más o algo menos de dinero con independencia de su nivel de integración social, que puede ser pleno en las dos para todos los propósitos. Y, sin embargo, su posición respecto a la educación de sus hijos puede no ser la misma, como pasa también a los payos. Por lo tanto es necesario tener en cuenta el nivel de estudios con peso propio. Jugaremos así con tres factores al hablar de estatus socioeconómico: nivel de ingresos, nivel de integración social y nivel de estudios.

La transformación de la sociedad española y del Estado Español desde la implantación de la democracia, la apertura al exterior en economía y en política internacional, la adhesión a la CEE y la UE, la elevación del nivel de vida medio de la población, la contracción de las tasas de reproducción, la expansión económica sostenida a pesar de los vaivenes, todo esto ha dado una oportunidad a los gitanos como no habían tenido en el período anterior, quizá en la Historia. El hecho es que se ha creado una pequeña burguesía gitana (era realmente exigua la que existía), casi siempre integrada en aspectos fundamentales como ingresos, vivienda y ubicación urbana, uso de los servicios sanitarios, educativos y comunes públicos en general, aunque muchas veces ciertos aspectos no han llegado a integrarse o lo hacen solo parcial o temporalmente, como la condición regulada del trabajo o, aún más, la participación cívica y política. Paralelamente, existe también una proporción de gitanos integrados en las clases trabajadoras, integrados a veces en casi todo menos en, precisamente, los aspectos laborales. A mí no me extraña esta resistencia compartida. Por una parte, se mantiene un factor que ya existía en el período anterior: para qué trabajar para un payo con un calendario y un horario fijo y de forma individual, si hay posibilidad de trabajar en familia, tomando nuestras propias decisiones y ganando lo mismo. Por otra parte, me atrevería a decir que el fracaso integrativo laboral que muchos gitanos tuvieron que soportar en los años finales de los 70, expulsados de sus puestos de trabajo en cuanto empezó a “sobrar” gente en las empresas, no es algo fácil de olvidar y ha dejado en muchos una marca de prudencia histórica a la hora de decantarse por un empleo en lugar de por un mercadillo. El número de barracas o chabolas y de infravivienda en general se ha reducido impresionantemente, aunque muchas veces han sido substituidas por las barriadas de construcción infame, urbanísticamente vergonzosas, sin dotaciones suficientes, refugio de todos cuantos, payos o gitanos, han recibido lo peor de nuestra común Historia reciente; conjuntos urbanos físicamente deplorables y

¹ Para no dar lugar a ninguna interpretación errónea que mis palabras pudieran suscitar, debo aclarar aquí que cuando hablo de *integración social* no me refiero ni a asimilación identitaria ni a integración personal, a la manera en la que la entienden los pedagogos. Entiendo integración social como la adquisición o como el mantenimiento de la ciudadanía plena de derecho y de hecho, como el disfrute del estatuto cívico íntegro de una persona, con el pleno mantenimiento de su identidad y de sus diferencias culturales acordes a derecho. Pero también habrá que recordar que en una sociedad de clases, de profundas desigualdades y de grandes carencias para sectores considerables del cuerpo social, la integración social supone para toda la población ciudadana una integración desigual en la práctica.

socialmente imposibles de vivir. Aún queda mucho de eso, aunque no les guste hablar de ello ni a los líderes gitanos ni a las Administraciones ni a los cantores inquebrantables de nuestra parcial democracia.

A grandes rasgos, y en el contexto de una charla de estas características, creo que podríamos entonces pensar en tres niveles, uno de gitanos integrados en las clases medias, que comprendería a los trabajadores gitanos acomodados y los gitanos con un nivel de integración menor en el terreno laboral pero con ingresos similares a los anteriores, como los autónomos relativamente fuertes que se han establecido con éxito en la venta, la intermediación y otras ocupaciones no siempre reguladas pero legales. Otro grupo estaría formado por gitanos integrados en las clases trabajadoras no-acomodadas y por gitanos con un nivel de integración menor (que puede ir más allá de lo laboral), como pequeños vendedores ambulantes, no siempre plenamente regulados y con frecuencia no permanentes, pero con ingresos similares a esos trabajadores, con los que comparten por lo general barrios y servicios. Por último, otro grupo lo constituirían los gitanos con vinculación laboral integrada, muy precaria y coyuntural y además poco rentable, temporeros del campo y aún otros gitanos más, marginados, más presentes en las ciudades. A quienes evidentemente no cuento es a los pocos que se dedican a actividades delictivas, muchas de ellas perfectamente integradas en la economía del país, y de los que no voy a hablar en absoluto, a pesar de que alguno lleve a su hijo a una Universidad. Considero para el propósito actual, por consiguiente, a clases medias y trabajadoras acomodadas o equivalentes autónomos, a clases trabajadoras o equivalentes y a los pobres y marginados. La equivalencia la mido en ingresos y uso de recursos comunes y la separo por su situación laboral que, por lo menos con mucha frecuencia, carece de una plena integración o no tiene ninguna.

En este panorama, la educación, hablando ahora de la escuela e incluso de la universidad, no sigue paso a paso los distintos niveles socioeconómicos, de forma que podríamos decir que, primero, la continuidad en los estudios y el acceso a estudios progresivamente superiores guarda *cierta* relación con la posición progresivamente mejor en esa escala social. Por eso encontramos a la mayor parte de los universitarios gitanos entre los más acomodados y el mayor índice de absentismo, si no de desescolarización, entre los más pobres y marginados. Pero, una vez dicho esto, hay que decir lo segundo: que la correspondencia no es exacta, de manera que podemos encontrar universitarios o jóvenes con los estudios medios concluidos también en el grupo intermedio, más difícilmente en el más desfavorecido, y los más desvinculados del sistema educativo pueden, a veces, estar entre los de más alto estatus. Pero esa no es la línea normal, por mucho que se den casos. Si, como creo, *la enseñanza es fundamentalmente un instrumento aculturativo, con valor para la promoción social solamente si está ya en ciertas posiciones de integración mínimamente rentables y si los procesos educativos y sus resultados están mediatizados por la calidad de las relaciones interétnicas del contexto, tanto del contexto general, como del local y del escolar*, es del todo lógico que se piense que la formación académica de los hijos se expande y se desea no solo cuando los gitanos pueden permitírselo, sino especialmente cuando las condiciones de su vida respecto a su aceptación por parte de la sociedad es más favorable. Nada que nos pueda sorprender: el rechazo es mayor donde su posición social es más precaria; o dicho de otra forma, una buena parte del rechazo a los gitanos pobres y a los marginados es rechazo clasista, rechazo a su pobreza, aunque ya sabemos que existe un rechazo étnico, un

racismo estricto, que se puede producir en cualquier posición. Pero es más difícil que se produzca cuando no hay pobreza y cuando hay integración social.

Pues bien, todo esto está conduciendo a las mujeres gitanas por derroteros muy diferentes en el terreno educativo y creando expectativas distintas en ellas. Sin embargo no se puede pensar que esta diferencia entre mujeres gitanas hoy, solo se vea afectada por lo que, en todo caso, también afectaría a las payas: su posición social. Además de por ésta, las gitanas están afectadas por las relaciones interétnicas, el racismo y los prejuicios, como todos los gitanos, y por las propias características culturales que dan a la mujer un enorme valor para los hombres pero que simultáneamente imponen a las mujeres gitanas un grado notable de supeditación a los hombres, ya sea para cuidarlas, para vigilarlas, para controlarlas, para utilizarlas o para protegerlas. Que sea mayor el cuidado que la utilización depende de muchos factores, desde personales a los de la trayectoria histórica de cada grupo de gitanos. Pero yo diría que, salvo algunas excepciones, que las hay, casi siempre hay una mezcla de todas estas cosas, aunque una de ellas prevalezca por encima de las otras en cada uno de los casos.

He hablado de posición social, de su incidencia en producir racismo y de su relación con la enseñanza. De las mujeres gitanas evolucionando progresivamente en su capacitación profesional y en sus conocimientos y formación en general, aún más, pero no sólo, entre sectores gitanos mejor instalados socialmente, más integrados en más aspectos de la vida social y rodeados de una mayor tolerancia étnica por esas mismas razones. Tenemos que hablar ahora de lo más difícil, las características culturales a las que he aludido y que separan ambos sexos, a veces radicalmente. Y es curioso, porque igual que probablemente ya sabíamos o que hasta ahora he dicho, sabemos todos también lo que me queda por decir. De alguna forma “cargo con el mochuelo” de decir lo que ya se sabe pero que no es políticamente correcto pronunciar en voz alta. Es decir, mi participación no tiene tanto de sabiduría como de osadía. Vamos allá.

Tomando el punto de partida de las ideas más clásicas, podemos decir que el espacio público y privado y lo que implican en relación al trabajo y las ocupaciones en general, nunca se han dividido entre hombres y mujeres gitanos, que yo sepa, de manera que a los hombres les haya correspondido el espacio público y a las mujeres el privado, a los hombres la calle y a las mujeres la casa. Salvo casos bien raros, todas las mujeres gitanas a las que he conocido a lo largo de los últimos treinta y cinco años y todas las informaciones que en distintos momentos de ese tiempo recibí respecto a mujeres de los veinte, treinta o setenta años anteriores, coinciden en una misma evidencia: las gitanas han trabajado toda la vida fuera de su casa, han desarrollado trabajos productivos en el espacio público en la misma medida que los hombres gitanos. Aún más, la gitana que “no valía” para ganarse la vida era una desgracia y una deshonra para su familia, que no le había enseñado lo que le tenía que enseñar, en especial una vergüenza para su madre.

No se esperaba de la gitana grandes astucias ni derroche de imaginación ni menos aún gran sabiduría a la hora de ganarse *los calés*, aunque sí es verdad que si tenía esas cualidades se le reconocían y se le apreciaban. Pero lo culturalmente exigible era más bien que se esforzara en el trabajo, que, tardara lo que tardara, con o sin torpeza, trajera a casa lo que debía traer. No hace falta que diga lo que esto significaba cuando los varones habían emigrado, por ejemplo, a Perú o a Venezuela temporalmente, o cuando estaban enfermos o, a veces, veces de malas ideas y de *mala bají*, presos. En esas circunstancias la familia, en especial la del propio marido, si era el caso, se movilizaba en su ayuda. Pero el peso central del sustento de su casa dependía de ella y a menos

necesidad de ayuda, mayor prestigio (lo cual es una estrategia cultural para presionar a través del otorgamiento de prestigio a que se mate a trabajar y necesite poca ayuda).

La valoración del trabajo femenino suponía, y a veces sigue suponiendo, todo lo contrario a lo que se exigía de los varones gitanos. Ellos debían exhibir habilidad por encima de todo, capacidad para ganar cuanto más mejor, en el menor tiempo posible y con el menor esfuerzo posible. Un hombre que se mataba a trabajar por cuatro duros era una desgracia similar a una mujer que aportaba poco a la economía de su casa.

Si en esto el caso de las gitanas contradice las ideas clásicas sobre la adjudicación del espacio público a los varones, en lo que se refiere al trabajo en el espacio privado le da toda la razón. No he visto en mi vida a un gitano con una escoba en la mano. Tampoco he visto a muchos payos, todo hay que decirlo. El hombre es el rey de la casa, sea el padre o el marido o el hermano o el hijo o el tío o el primo y las mujeres les sirven. Lo único que evita la competencia que parecería inevitable entre los reyes, es el estricto orden de estatus familiar y de edad, que los jerarquiza dejando claro quién va antes de quién a la hora de ser atendido. Ciertamente, el criterio de edad, por desgracia, se subvierte hoy en más lugares y situaciones de las que suele admitirse. Por fortuna, todavía se respeta en muchos otros. A veces había llevado a abusos de autoridad, pero también lleva a abusos de poder la inversión de esta jerarquía en muchos lugares actualmente.

Lo que realmente alivia el trabajo doméstico a las mujeres son otras mujeres: a las madres, sus hijas en cuanto pueden tener esa escoba en la mano o a su hermano en los brazos, su nuera, si vive con ella o si vive cerca de ella; a la joven, su hermana pequeña en cuanto no tiene otra tarea que le haya encomendado su madre. Y en eso sí que hay diferencias entre payas ciudadanas y gitanas, aunque no haya tantas frente a las payas rurales de hace no tantos años, que aún perviven en ciertas zonas. Se podrá decir que el gitano trabajaba en la casa cuando, en aquellos tiempos de chabolas o de construcciones de obra autoedificadas, levantaba ladrillos o cortaba un bidón para lograr una chapa consistente y plana. Y es verdad. Pero no es solo que se trata de tareas que se exigen muy coyunturalmente, es que las mujeres las hacían también, supervisadas por los hombres que, solo a veces, pero a veces, empleaban mucho tiempo en la supervisión; y es que ha existido, y existe aún en muchos sectores, una tendencia a pensar que esas son tareas de payos. El bricolaje nunca ha sido el fuerte de los hombres gitanos.

En cuanto a la libertad y a la capacidad de decidir, la mujer gitana ha dependido del gran don y la gran servidumbre de ser mujer, de ser procreadora en un tipo de cultura extremadamente celosa de las garantías de la paternidad. Solo el control sobre la mujer, la reproductora, parecería permitir el control sobre la reproducción, los hijos. Solo retener a la mujer permite al hombre ser padre². Solo la vigilancia de su comportamiento parecería garantizar al padre que es el padre, en una cultura que, de forma muy similar a las que también poblamos las tierras que circundan el Mediterráneo, identifica paternidad y paternidad biológica. Por esa razón la gitana podrá cambiar de marido, pero no puede ser infiel al que tiene, por eso el miedo de los padres y de las familias a que pasee sola, a que vaya de colonias a un campamento mixto de verano que organiza la escuela, por eso el recelo y el rechazo a que las mocitas hagan gimnasia y tengan que adoptar posturas

² Ver para esta discusión en términos teóricos y transculturales (no en relación a los gitanos) T. San Román y A. González Echevarría, "Notas entorno a un proyecto de investigación en el ámbito del parentesco", Quaderns d'Antropologia, UB, Barcelona 1983

poco recatadas. Por eso el todavía muy general control férreo de las niñas y las jóvenes, el valor incuestionable de la fidelidad conyugal. Fidelidad que los hombres respetan entre sí, es decir, ante otras gitanas que están, por serlo, bajo el control de otros hombres gitanos. Por eso el poco valor que se da a la infidelidad masculina cuando no se trata de gitanas, sino de payas.

La otra libertad y la otra capacidad de decidir afecta a la vida social en general, pero también a la participación cívica y pública. En ese terreno las mujeres gitanas tenían un papel preponderante cuando ya eran viejas y además de serlo tenían cualidades de inteligencia, valor y prestigio. Solo entonces parecían liberarse del trabajo exterior a su casa y de buena parte del que hacían en ella, porque había otras mujeres jóvenes que lo hacían. De ahí su complicidad con los varones en el interés en tener una nutrida descendencia. Solo cuando ya eran viejas parecían por fin libres del privilegio esclavizante de su capacidad para procrear. Solo entonces, y con un expediente vital honorable y robusto, parecía estar clara la resonancia de sus palabras, su influencia más allá de las relaciones personales. Pero este aumento de capacidad social, en todo caso de puertas adentro, rara vez transcendía de él en la intervención pública y en el liderazgo comunitario, que casi, casi siempre ha estado reservado a los varones. Se puede argumentar que en lo que concierne a las tareas y actividades domésticas la mujer tenía prácticamente carta blanca, que era ella la que tomaba las decisiones. Yo nunca he visto a una gitana (sí a alguna *húngara romí*) decidir qué coche se compra o con qué patrón se contratará la vendimia. El que tomara la iniciativa con libertad en las tareas y actividades domésticas comunes no indica nada más allá de que las realizaba ella sola. Es como si decimos que el maquinista de un tren es libre y toma las decisiones que le parecen adecuadas sin interferencias, mientras conduce, y de ahí llegásemos a la conclusión de que en RENFE mandan los maquinistas. Por último, hasta muy recientemente, las mujeres gitanas han estado excluidas de las asociaciones y las pocas que trabajaban en ellas lo hacían en puestos muy secundarios. Aún hoy esto sigue siendo mayoritariamente así y podría ser una razón más para entender el surgimiento de asociaciones exclusivamente formadas por mujeres.

Las cosas han ido cambiando con el tiempo en estos últimos veinte o veinticinco años. Es decir, existe un cambio progresivo y profundo en este tiempo respecto a los veinte o treinta años anteriores, en muchos aspectos de la vida social y económica y en la cultura de los gitanos, que no afectan, sin embargo, a su vigorosa identidad; una de ellas es, sin duda, el conjunto de los roles femeninos. Pero en esto, el cambio va aparejado, sobre todo, aunque no sólo, al progreso de las posiciones económicas y de status en general, de manera que es mucho más escaso cuando éstas se mantienen en el nivel de la pobreza y de la exclusión³. Pero, además, tiene que soportar el lastre de la *escasa evolución paralela* en el conjunto de los roles masculinos, de manera que, sustancialmente y salvo situaciones especiales, se mantienen las desigualdades en poder de decisión, vigilancia y control masculino y exclusividad femenina del trabajo doméstico, sea cual sea la evolución y el éxito adaptativo de las mujeres gitanas en el desempeño de puestos de trabajo, inscritos en el mercado laboral y regulados en él o no, sea cual sea su éxito en los estudios o su empuje en la vida cívica y asociativa

³ “Lo que pasa es que esos son gitanos descafeinados”, me comentaba hace ya tiempo un gitano de otro segmento social. Yo no lo creo. Son gitanos, pero hay muchas diferencias entre gitanos que se piensan a sí mismos como gitanos y que mantienen fuertemente una cultura emblemática de su identidad, por mucho que den más margen a las mujeres.

En todo caso las mujeres gitanas han cambiado al mismo ritmo que los cambios de nuestra Historia reciente, a mi manera de ver con más rapidez y eficacia que sus compañeros varones, posiblemente porque en comparación con ellos les beneficiaba la propia integración social y la nueva aculturación en mayor medida que a ellos, porque en mayor medida era su posición anterior más problemática. Entre los universitarios gitanos hay más mujeres de las que cabía esperar de su posición en la comunidad gitana y las hay también en la enseñanza secundaria, a pesar de tener más resistencias familiares que ellos porque pronto se les requiere para que colaboren en el trabajo doméstico y existen hoy también muchas mujeres gitanas realizando trabajos especializados. Sin duda es la mujer de la nueva clase media gitana la que más posibilidades tiene de optar por nuevas ofertas sociales, pero ese despegue femenino, aún incipiente, afecta de una u otra forma a todos los niveles sociales. El conjunto de los gitanos que están situados en posiciones más bajas económica e integrativamente hablando no han tenido tanta suerte, aunque, así y todo, entre ellos también existen, aún en menor número, mujeres con empleos y quehaceres rentables que, aún manteniendo una posición supeditada, han ganado autonomía. Aunque quede mucho camino por recorrer, han ganado autonomía porque es mucho ya lo que depende de ellas y porque hay demasiados payos, a pesar del racismo, que están dispuestos a casarse con ellas y demasiadas pocas payas que estén dispuestas a ajustarse al rol de esposa de un gitano. Decir esto sé que no agrada a muchos gitanos, pero de todas formas, decidan ellos y ellas lo que decidan, me parece un motivo urgente e importante de reflexión, reflexión que muchos empiezan a hacerse ya.

En este contexto de mayor autonomía económica, mayor competencia en las formas de alianza matrimonial, mayor aculturación (también de los propios progenitores más jóvenes de las jóvenes gitanas), no es de extrañar su decisión y su fuerza al crear sus propias asociaciones gitanas de mujeres. Las rendijas que para ellas dejaban las asociaciones gitanas, fundamentalmente de hombres gitanos y empleadas payas, se han demostrado muy insuficientes y esas asociaciones han sido lentas de reflejos para darles la amplia cabida que hubieran necesitado. Ahora, lo curioso es que, a veces, se observa una cierta inquietud en las asociaciones gitanas por la existencia de estas asociaciones de mujeres gitanas, inquietud que se muestra en algunos movimientos encaminados a tutelarlas, es decir, a dirigirlas. Pero habría que recordar que la "*Ley Gitana*" no censura que las mujeres se reúnan o se asocien ni que encuentren recursos económicos. No puedo evitar el pensar que este desasosiego de las asociaciones gitanas ante la actividad de las asociaciones de mujeres gitanas y su interés solapado en controlarlas a través de sus hijas, responde a que no solo compiten con ellos, sino que tienen capacidad para competir mucho más enérgicamente. Y a veces pueden ganar; pero si ganan no sólo les ganan una partida en recursos económicos, sino en recursos culturales relativos al poder masculino y la autonomía femenina.

En esto, como en todo lo demás, entiendo que sería necesaria una pronta reacción de los varones gitanos que, evidentemente, no pasa por encerrar al pájaro en la jaula, sino por aceptar la *inevitable y estupenda evidencia de la necesidad de entenderse en el marco de un nuevo tipo de relaciones entre ambos sexos, que posibilite a las mujeres gitanas el desarrollo que están logrando de todas formas por su propio pie*, y que no deje a hombres y mujeres gitanos en la nefasta disyuntiva de combatirse, por muy silenciosa y soterradamente que se haga, o supeditarse. El aumento de matrimonios mixtos, que tiene a la mujer casi siempre del lado gitano, y la inconfesada complacencia íntima de los progenitores en una parte de esos matrimonios mixtos de sus hijas (aunque se tenga que exteriorizar lo contrario), no es la causa de nada, es la consecuencia de una cerrazón por parte de los varones gitanos a la hora de entender lo que realmente pasa. Yo me

atrevería a apostar a que, en general, las mujeres gitanas desean casarse y vivir con gitanos y que las objeciones que se van abriendo paso *despacio pero inexorablemente* es a que se las trate como en el siglo XIX.

En todo caso, mi más profundo deseo es que el pueblo gitano, hombres y mujeres, encuentren por sus propias decisiones un camino ancho y profundo de integración social como tales gitanos y, aún más, *como tal pueblo*, y que encuentren una forma de relación equilibrada, equitativa, respetuosa y satisfactoria para ambos sexos que permita tanto el progreso humano colectivo como la libertad de opción de sus individuos. Yo sigo creyendo en eso. A mí me va quedando ya menos tiempo para poder disfrutar viéndolo. A vosotros, todo el tiempo y la energía del mundo. Muy, muy buena suerte a todas vosotras, a todos vosotros.

Teresa San Román, Universidad Autónoma Barcelona